

Entrevista con Guillermo Ayesa Igoa, autor de *Caballo blanco*

Érase una vez... en el cine

«Anoche soñé que volvía a Manderley...»

Así empieza *Rebecca*, el libro de la escritora británica Daphne du Maurier. El director de cine Alfred Hitchcock elegiría a una de sus actrices rubias, Joan Fontaine, para llevar a la gran pantalla esta novela psicológica, en 1940.

El escritor Guillermo Ayesa nacería con el estreno de *Rebecca*. Tiempo después la habría disfrutado, y reconocería la poderosa fuerza de sus personajes.

Guillermo Ayesa ha publicado la novela *Caballo blanco* (Ediciones Carena, 2021), historia ficticia con un trasfondo de verdad, ambientada en la Segunda Guerra Mundial. Quizá, lo que ha hecho en realidad es el guion de su propia vida, para que otro Hitchcock la inmortalice.

«Yo nací en Manila pocos meses antes de que los japoneses invadieran Filipinas. Mis abuelos habían emigrado a las islas desde Navarra, en el siglo XIX», contextualiza Guillermo, apoyado en un bastón de madera de arce y palo de endrino, con la prodigiosa memoria de Kirk Douglas (*Senderos de gloria*) y una divertida mirada de grumete que desembarca en cada puerto, ansioso de ver mundo. «Los Ayesa y los Igoa llegaron a Filipinas buscando un futuro mejor. Sus apellidos corresponden a dos localidades navarras. Se juntaron, unieron sus destinos y aquí estoy.»

Guillermo tuvo cinco hermanos, aunque uno se le murió. A su padre, José, no le conoció. Los nazis del Tercer Reich torpedearon el buque de la marina mercante que capitaneaba, el *Susana*, con las bodegas repletas de material bélico. Eso ocurrió frente a las costas escocesas, en el Atlántico Norte, en 1941. Años más tarde, conocería al cocinero filipino del navío, único superviviente de aquel naufragio. Le contó que, de madrugada, oyeron un tremendo ruido, una explosión que envió el barco a pique. A José le pilló en ropa interior, mientras dormía. Ya en el agua, el cocinero le agarró para que no se hundiera, intentando que sus brazos le rodearan el cuello. Pero le perdió en la inmensidad del océano helado.

Steven Spielberg dirigió *1941*, sobre las secuelas del ataque japonés a Pearl Harbour. Fue un fracaso de taquilla.

«No me acuerdo de nada de esos años, solo tengo una vaga imagen en la que mi familia hace las maletas porque están bombardeando Manila», recupera del disco duro en el que guarda los recuerdos blancos (los sabores) y negros (la humedad).

Acabada la contienda, la madre de Guillermo decidió comenzar de cero y trasladarse a San Francisco, en Estados Unidos, en 1946.

«La gente americana era amable y cívica, muy feliz porque había vuelto a la normalidad después de varios años de muerte», evoca Guillermo, como si estuviera estacionado en una vía de doble sentido.

En 1946, en *Gilda*, la actriz Rita Hayworth se desnudó del codo hasta la mano, en una escena erótica y sensual aun sin cama de por medio.

La primera vez que Guillermo fue al cine fue para ver el reestreno de *Frankenstein* (1931), protagonizada por Boris Karloff.

«Tuve tanto miedo que me juré no volver a una sala de cine, pero mis hermanos me convencieron y volví, aunque no las tenía todas conmigo. En la cartelera había el nombre de un artista que a mí me daba mucho miedo: Red Skelton, y yo me imaginaba un señor de esqueleto rojo. Resulta que era un humorista muy gracioso [*The Yellow Cab Man*].»

En 1952, con la estúpida guerra de Corea (1950-1953) amenazando el futuro de los más jóvenes, los Ayesa Igoa cruzaron Estados Unidos. En Nueva York subirían a bordo del crucero *Magallanes*, en la última ruta que cubrió: Nueva York-A Coruña.

Los hermanos mayores huían del reclutamiento forzoso para no caer en la segunda guerra de sus vidas.

«La guerra de Corea fue un error garrafal, y la guerra de Vietnam aún fue peor», certifica. «Yo tenía 12 años cuando pisé Nueva York y ya vi cómo se hacían ejercicios para bajar a los refugios nucleares, en la paranoia de la Guerra Fría.»

En 1952 se estrenó *Deadline-USA*, con un Humphrey Bogart que se mete en el papel de un editor de periódicos.

Cuando Guillermo pisó España, se sorprendió de que las palabras castellanas sonaran igual que las del idioma inglés. En una calle vio un cartel recurrente: *hotel*.

«Yo creía que aquí iban todos vestidos de flamenco, pero no fue así», se ríe.

Pronto cogieron el tren con destino a Madrid, donde se instalaron en la calle Fernán González, cerca de El Retiro.

Trabajó en diferentes empleos: en la cantera, en las mudanzas, en contabilidad... Y escribía porque le gustaba el cine (*Ave del paraíso*, de Delmer Daves). Cuando no tenía dinero para las entradas, se quedaba en la puerta, bajo los carteles luminosos.

Pronto, y como intérprete y traductor, consiguió un hueco en la industria del celuloide.

Asistió a los rodajes de *El Cid* (1961), con Charlton Heston; *La caída del Imperio romano* (1964), con Sophia Loren; *Golfus de Roma* (1966), con Buster Keaton...

En 1970, Guillermo Ayesa se trasladó a Barcelona, donde se empleó como profesor de inglés. Y siguió sus escarceos: actor secundario de lujo en filmes como *El perfume* (2006) y en series como *La Riera* (2010).

El escritor y notable admirador del séptimo arte Guillermo Ayesa nunca ha dejado de volar, por eso empatiza tanto con Simbad como con King Kong.

Lo último a lo que está enganchado: la serie *The Crown* (2016).

Fantasea con que Netflix adapte la *Transfiguración*, el texto en el que está trabajando: un hombre que se convierte en león y devora a quien se el cruza por delante.

Érase una vez... en el cine.

Jesús Martínez